

Actividad física y deporte en jóvenes en riesgo: educación en valores

PEDRO JESÚS JIMÉNEZ MARTÍN

Doctor en Ciencias de la Actividad Física y el Deporte. Profesor de Modelos de Intervención y Técnicas de Investigación para Educar en Valores a través de la Actividad Física y el Deporte. Instituto Nacional de Educación Física. Universidad Politécnica Madrid

LUIS JAVIER DURÁN GONZÁLEZ

Doctor en Ciencias Políticas y Sociología. Profesor de Valores Sociales y Deporte y Sociología del Deporte. Instituto Nacional de Educación Física. Universidad Politécnica de Madrid

Resumen

En este artículo hacemos una revisión y presentamos los principales estudios y líneas de trabajo que se vienen realizando para educar en valores a jóvenes en riesgo a través de la actividad física y el deporte. Hacemos un recorrido a través de las características que definen a este tipo de poblaciones, los aspectos más importantes a trabajar en valores, los errores más comunes que se han cometido en los programas de intervención, y la necesidad de trabajar desde su propia cultura y partir de la noción de modelos ecológicos integrados.

Palabras clave

Jóvenes en Riesgo, Educación en Valores, Actividad Física y Deporte, Programas de Intervención.

Abstract

In this work we review and summarize the main studies and investigation lines currently carrying out for values education through physical activity and sport with at-risk youth. We shall go over the features that characterize this type of population, the main aspects for working in values, common mistakes committed in programs of values education, and the requirement of working from their own culture and starting from the notion of integrated ecological models.

Key words

At-risk Youth, Values Education, Physical Activity and Sport, Programs of Values Education.

Los nuevos colectivos emergentes dentro de la educación física: “jóvenes en riesgo”

Uno de los principales retos a los que tendrá que enfrentarse la Educación Física en nuestro país con la entrada del siglo XXI serán los nuevos colectivos emergentes que están surgiendo en la sociedad. Esas poblaciones marginales que aunque siempre han existido a nuestro alrededor no han atraído la atención de los ciudadanos, siendo ahora cuando se empieza a exigir soluciones.

Formalmente, sólo se han considerado como poblaciones especiales dentro de la educación física a las personas con minusvalías o con problemas de salud y a las personas mayores, y estos, gracias al mayor reconocimiento que están recibiendo en los últimos años por parte de las autoridades, han mejorado en sus condiciones de vida, su acceso al mundo laboral y el disfrute de todos sus derechos constitucionales.

El verdadero reto actual se encuentra en esas poblaciones emergentes formadas por inmigrantes, jóvenes en riesgo, drogodependientes..., que están ahí y no gozan de la suficiente atención pública y ciudadana. Poblaciones donde son urgentes programas de intervención a todos los niveles para ayudarlas a enriquecer de forma positiva su calidad de vida y favorecer su inserción en la sociedad.

Dentro de estos colectivos emergentes que están surgiendo reclama nuestro interés el constituido por los “jóvenes en riesgo” (*youth at-risk*), también denominados en los diferentes estudios como “jóvenes desfavorecidos” (*undeserved youth*); “jóvenes desaventajados” (*disadvantaged youth*); “jóvenes de los barrios deprimidos de la ciudad” (*inner-city youth*); “jóvenes alienados” (*alienated youth*); “jóvenes problemáticos” (*problem youth*); “jóvenes conflictivos” (*trouble youth*)... (Pitter y Andrews, 1997; Collingwood, 1997; Martinek, McLaughlin y Schiling, 1999; Jiménez 2000).

Se denominan en riesgo porque estos jóvenes se caracterizan por vivir en un entorno negativo de pobreza y marginación social, bajo unas circunstancias personales desfavorables, que pueden conducirles a caer en múltiples conductas perjudiciales y antisociales como el consumo de drogas y alcohol, conductas violentas y delictivas, desequilibrios mentales y emocionales, conductas criminales, marginación y fracaso escolar, prostitución, embarazos no deseados, problemas de alimentación y mala salud, deficiente desarrollo motor, ansiedad, depresión... (Collingwood, 1997; Lawson, 1997; Martinek y Hellison, 1998).

Estos jóvenes presentan una carencia de recursos para poder desenvolverse en la vida y el entorno donde viven con éxito; dicha carencia de recursos incluye la falta de habilidades de relación interpersonal y expectativas de futuro, de valores constructivos como la responsabilidad (son incapaces de cumplir sus obligaciones y respetar las reglas), el respeto (incapaces de mostrar respeto a ellos mismos y los demás), y la disciplina (tienen serias dificultades para establecerse metas y planificar los esfuerzos hacia su consecución); acusan una carencia de compromiso y de predisposición a desarrollar hábitos de vida saludables; una falta de autoestima y de oportunidades para su crecimiento social, cognitivo y emocional..., y lo peor es que además guardan la terrible creencia de que han sido abandonados por la sociedad (Collingwood, 1997; Lawson, 1997; Danish y Hellen, 1997; Martinek, 1997; Martinek y Hellison, 1998).

Si analizamos los problemas que afectan a la juventud actual en general, esta definición abarcaría a un importante segmento de la población adolescente y no sólo a una minoría de jóvenes de los barrios marginales y deprimidos de la ciudad. Las conductas de riesgo pueden generalizarse a toda la población (Collingwood, 1997; Lawson, 1997; Martinek y Hellison, 1998).

La actividad física y el deporte como ámbito ideal para la prevención

Como consecuencia del escandaloso aumento actual en el número de jóvenes desfavorecidos dentro de las grandes ciudades y de los numerosos problemas sociales asociados a ello, están surgiendo en los últimos 20 años en todo el mundo numerosos programas de intervención donde a partir de la actividad física y el deporte se intenta ayudar a estos jóvenes. Dentro de las investigaciones realizadas, el país que mayor número de aportaciones ofrece dentro de este ámbito es Estados Unidos.

La sociedad actual demanda de la actividad física y el deporte (como uno de los factores más significativos asociados a la salud), su contribución a la resolución de problemas como la integración de grupos marginales, la prevención y rehabilitación de drogodependientes, la prevención de conductas delictivas, violentas... (Hellison, 1995).

Pero en general, la población cree que las intervenciones a través de la actividad física y el deporte tiene exclusivamente como objetivo la mejora de la salud, la condición física y la creación de hábitos de vida saludable en cuanto a ocupación positiva del tiempo libre...; sin embargo, no encuentran una relación con que puedan ayudar en la prevención de conductas antisociales.

La actividad física y el deporte correctamente planificada, con una metodología específica y siguiendo la idea de “educación” física centrada en la promoción de valores puede contribuir a la prevención de conductas antisociales y a la mejora de la calidad de vida y del bienestar personal y social de estas poblaciones, generando una alternativa positiva en sus vidas. (Collingwood, 1997; Martinek y Hellison, 1997; Danish y Hellen, 1997).

En una revisión realizada por Martinek y Hellison (1997) se muestra como existen numerosos programas de prevención realizados a través de la actividad física y el deporte con jóvenes en riesgo en Estados Unidos, donde se confirman sus efectos positivos, mejorando: la autoestima y el autoconcepto (Collingwood, 1972; Doan y Schernan, 1987; Folkins y Sime, 1981), el sentimiento de bienestar (Collingwood, 1992; Collingwood y col. 1994; Norris y col. 1990), la estabilidad emocional (Blumenthal y col., 1982; Folkins y Sime, 1981), el interés escolar (Collingwood, 1994, 1996), las relaciones familiares (Collingwood, 1972), la responsabilidad (Collingwood, 1996; Compagnone, 1985; DeBusk y Hellison, 1989), los niveles de destreza de vida (Collingwood, 1979), la percepción del estrés (Brown y Siegel, 1988)...

A nivel de problemas más específicos favorecen la reducción de conductas violentas y su reincidencia (Collingwood y Englesjgerd, 1977; Collingwood y col., 1979; Collingwood y Genthner, 1980; Hilyar y col., 1982; MacMahon y Gross, 1988), reducen el consumo de drogas y propician la abstinencia (Collingwood, 1992; 1996; Gary y Guthrie, 1982; Murphy y col., 1986; Palmer, 1994; Roming, 1978; Winnail y col. 1995); en la sintomatología aminoran las conductas nocivas emocionales (Collingwood, 1992; Doyne y col., 1982; Kugler y col., 1994; Martinsen, 1990).

Una actividad física y deportiva correctamente planificada y centrada en la educación en valores ayuda a mejorar la calidad de vida y el bienestar personal y social de estos jóvenes, proporcionándoles beneficios no sólo de tipo físico, como la mejora de su condición física muchas veces deteriorada por sus hábitos de alcohol, tabaco o drogas; también proporcionan beneficios psicológicos, disminuyendo el estrés y ansiedad y potenciando su autoestima y autocontrol emocional; produce beneficios sociales, desarrollando su habilidad de relación interpersonal y su capacidad de responsabilizarse de sus actos; instaura hábitos vocacionales, creándoles una perspectiva de futuro y mejorando su disposición hacia el trabajo; posibilita fines recreativos; al poder integrar estas actividades dentro de sus hábitos de vida, y personales, al potenciar su autonomía y autosuficiencia. (Martinek y Hellison, 1997; Jiménez, 2000).

El marco general en el que se mueven todos los *programas de intervención* siguiendo los trabajos de Stielh (1993); Hellison (1995); Danish y Hellen (1997); Cutforth (1997); Goleman (1997); Miller, Bredemeier y Shields (1997); Collingwood (1997); Martinek y Hellison (1997, 1998); Parker, Kallusky y Hellison (1999); y Jiménez (2000) podemos resumirlo en cinco aspectos fundamentales:

- *El desarrollo de la capacidad de empatía en los jóvenes.* La percepción y el compromiso moral están íntimamente relacionados con la capacidad de empatía, es decir, la capacidad de percibir los intereses, deseos, necesidades y vulnerabilidad de los demás.
- *Potenciar la madurez en el razonamiento moral.* Es evidente que la falta de madurez de razonamiento moral contribuye, dentro de una multitud de factores, al desarrollo de patrones de conducta antisocial.
- *Orientación sobre la realización de las actividades.* Motivar a estos jóvenes para que participen en las actividades es fundamental y podemos conseguirlo por dos caminos: el deseo de mejorar una habilidad que despierte su interés y el reto de perfeccionar una habilidad que ya ejecutasen en el pasado.
- *Autonomía en las habilidades.* Para conseguirlo debemos ir reduciendo la importancia del profesor y conceder a los alumnos más responsabilidades y protagonismo.
- *Concienciarles sobre la importancia del futuro.* Las personas que no tienen expectativas de lo que quieren hacer con sus vidas tienen más probabili-

dades de caer en conductas de riesgo y, desafortunadamente, esto es lo que les ocurre a estos jóvenes en riesgo.

En resumen, el objetivo final que subyace en cualquier programa de intervención es potenciar la *resistencia* de estos jóvenes ante la situación que les rodea ofreciéndoles recursos para conseguirlo.

Como ejemplo de la enorme aportación que puede ofrecer la actividad física y el deporte en la prevención de violencia, Pitter y Andrews (1997) indican como en Estados Unidos existen más de 26 programas de intervención en más de 30 ciudades donde se utilizan actividades deportivas en la prevención del crimen y la promoción de la seguridad pública. Entre ellos podemos destacar: “Inner City Gym” y “Midnight Gym” en Los Ángeles; “City Streets Outreach Program” y “Kool Kids” en Phoenix; “Midnight Education and Sport League” en Washinton; “Project Effort” en Greensboro; North Carolina; el “Project Yes” en Washington; “Goal Program” y “Super Program” en Atlanta, Boston, Houston, Michigan, Los Ángeles, New York...; y el Modelo de Donald Hellison que ha sido utilizado con éxito en Chicago, Denver, Portland, Seattle, Grand Forks... (Pitter y Andrews, 1997; Martinek y Hellison, 1998; Martinek, McLaughlin y Schilling, 1999).

Factores negativos que caracterizan la cultura de los “jóvenes en riesgo”

A la hora de poner en práctica cualquier programa de intervención con estos jóvenes es esencial conocer una serie de condicionantes que nos vamos a encontrar.

Estos jóvenes están sometidos a una serie de condiciones adversas que han creado en ellos unas barreras físicas y psicológicas que dificultan cualquier proceso de intervención. Tomar conciencia y comprender estas barreras es fundamental a la hora de asegurarse el éxito de los programas (Collingwood, 1997; Martinek y Hellison, 1995).

Los factores negativos que caracterizan la cultura de estos jóvenes siguiendo los trabajos de McHugh (1995); Collingwood (1997); Martinek y Hellison (1997, 1998); y Martinek, McLaughlin y Schilling (1999) son:

Rechazo escolar

La educación tradicional ha fracasado con estos jóvenes que entienden que la escuela no es para ellos. En

su búsqueda de identidad y propósito encuentran pocos beneficios en adoptar los valores y conductas asociados a la cultura escolar, rechazándola.

En su vida domina la filosofía callejera y ven que no encajan. Lo normal para ellos es saltarse clases, no hacer deberes, no prestar atención al profesor, afiliarse a pandillas de barrio... Si a esto le añadimos la falta de implicación familiar y las bajas expectativas que tienen de ellos sus profesores, se hace sumamente difícil la consecución de objetivos académicos. (Lamentablemente encontramos muchas veces que el atractivo hacia la escuela es menor que adquirir fuerza sobre el vecindario y acceder al dinero, en muchos casos, a través del tráfico de drogas y otras formas delictivas).

Conflicto de valores

La violencia y las situaciones de riesgo es un problema común que afecta a estos jóvenes en su vida diaria. Como consecuencia los padres les enseñan desde pequeños a “*ser fuertes y duros*” para sobrevivir, de forma que la vigilancia y la reacción violenta son estrategias que aprenden enseguida. La fuerza que tiene “*la calle*” en sus vidas es tan importante que no podemos olvidarlo.

Esto provoca una situación de conflicto en los chavales, al ver que los valores que les tratamos de enseñar son contrarios la mayor parte de las veces a los valores que han aprendido en el barrio o en su casa. Por eso intentar conseguir que estos alumnos respeten a los compañeros es un camino difícil porque ser conflictivo es la forma de vivir para la mayoría de estos adolescentes.

Desestructuración familiar

Estos jóvenes han nacido, fruto del azar, en familias desestructuradas donde cotidianamente experimentan malos tratos físicos y psíquicos de aislamiento, abuso, humillación, crueldad, indiferencia, abandono, conflicto, violencia..., y padecen situaciones como el alcoholismo o drogadicción de los padres, la prostitución de las madres, el encarcelamiento de los padres...

Los aprendizajes realizados en la infancia a través de nuestra relación familiar pueden llegar a determinar el curso de una vida y este aprendizaje no sólo está influido por lo que los padres dicen o hacen a sus hijos, también por los modelos que ofrecen a la hora de manejar sus emociones y problemas, la relación que se establece entre marido y mujer...

Como consecuencia de la triste realidad familiar en la que viven surgen las famosas *pandillas callejeras*. La pandilla constituye una nueva familia que les aporta seguridad, identidad y estabilidad en las “*zonas de guerra*” donde viven. Pero es un marco donde aprenden que la violencia, la delincuencia y conductas afines son el único camino para sobrevivir en las calles...

Miedo a tomar decisiones

Todos los niños esperan recibir la guía de los adultos para poder comprender el mundo que les rodea y a través de su interacción maduran intelectualmente y desarrollan su capacidad para resolver los problemas. Pero los padres de estos jóvenes tienen tantos problemas en sus vidas que no pueden o se olvidan de brindar ese apoyo familiar. Como consecuencia se produce una falta de desarrollo en su capacidad para la toma de decisiones, sintiéndose normalmente poco capaces de hacer algo, de modo que se vienen abajo fácilmente.

Para paliar ese sentimiento de incapacidad (“no puedo”) debemos: apoyarles constantemente y animarles a realizar elecciones y tomar decisiones sencillas pero que muestren que para nosotros también son importantes (venir a clase, participar...); enseñarles la relación esfuerzo y éxito, diferenciando que cuando algo no sale es porque les ha faltado trabajo y dedicación; centrar su atención en lo que quieren que ocurra más en lo que no quieren y enseñarles que más importante que lo que pasa es como respondes a ello.

Errores más comunes encontrados en la aplicación de programas de intervención

Otro aspecto fundamental que debemos conocer a la hora de trabajar con estas poblaciones son los principales errores que se han producido en la aplicación de los programas de intervención y que deberíamos evitar si queremos asegurar un mayor éxito y eficacia en nuestra actuación.

Siguiendo los trabajos de Goleman (1997); Martinek y Hellison (1997); Lawson (1997); Martinek, McLaughlin y Schilling (1999), podemos decir que desde un punto de vista general no funcionaron aquellos programas que:

- “*Culpaban a la víctima*”, es decir, que indirectamente veían a estos jóvenes como los responsables de todos los problemas sociales que se dan en la

ciudad en vez de culpar a las deficiencias del sistema: escuelas y servicios sociales ineficaces, mínimas oportunidades económicas, falta de implicación política... Es más conveniente que en vez de ver a estos jóvenes como problemas a tratar se les identifique como recursos a desarrollar.

- Han fallado aquellos que se centraban más en las diferencias y debilidades que padecen estos jóvenes en vez de tratar de potenciar la construcción de sus puntos fuertes y su posibilidades...
- Han fallado aquellos programas que buscaban eliminar sus conductas desviadas pero sin tener en cuenta la realidad y la cultura donde se desenvuelven estos jóvenes, planteando como objetivos valores que corresponden a una *familia blanca de clase media*.
- Los programas que se planteaban simplemente como actividades recreacionales y de ocio sin ningún trabajo de reflexión por detrás.
- Los que no han tenido en cuenta que la simple información no es suficiente. Por ejemplo, no basta con saber qué es la violencia y cual son sus efectos. Debemos enseñar alternativas y emplear estrategias que obliguen a la participación activa de los sujetos y refuercen diariamente los aspectos teóricos que queremos transmitir.
- Otro gran problema es que muchas campañas de prevención llegan demasiado tarde, cuando la situación ya es bastante problemática y ha arraigado en la vida de los jóvenes.

A todos estos errores debemos añadir una serie de factores que dificultan el desarrollo de los programas, como es que el trabajo que realizan los educadores con este tipo de poblaciones, además que suele hacerse normalmente desde el anonimato y el aislamiento sin obtener la mayoría de las veces el reconocimiento público que se merece, es un trabajo que no está bien remunerado y carece de apoyo institucional, donde los incentivos y los premios son insuficientes y muchas veces falta preparación e información específica para intervenir.

Los jóvenes resistentes

Dentro de las investigaciones más recientes se ha descubierto que para poder actuar con éxito es necesario tener siempre presente la cultura que rodea a estos jóvenes. Tradicionalmente cuando se han aplicado programas de intervención con estas poblaciones no se ha tenido en cuenta la verdadera cultura en la que están inmersos es-

tos chavales, de modo que se planteaban objetivos cuyo punto de referencia era la población normalizada.

Unos de los avances más importantes dentro de las investigaciones con jóvenes desfavorecidos, relacionado estrechamente con la idea anterior, y que ha supuesto un nuevo punto de partida en los programas de intervención a través de la actividad física y el deporte es el análisis de los denominados *jóvenes resistentes*.

Jóvenes resistentes son aquellos jóvenes que dentro de la población desfavorecida tienen la capacidad de superar y remontar con éxito las dificultades que afectan a sus vidas, mostrando un gran valor de autocontrol y responsabilidad. Jóvenes que "*se lo han trabajado*" para superar las disfuncionalidades educativas, económicas, de salud y aislamiento social creados por la pobreza en la que viven. (Martinek y Hellison, 1997).

Dentro del grupo están representados por aquellas personas que, aunque padecen la misma situación deprimente que el resto de la clase, apoyan a los demás compañeros, les motivan para realizar una actividad, nos ayudan voluntariamente a recoger o colocar el material, proponen actividades... Estos modelos positivos que pueden convertirse en referencias muy valiosas para los demás al ver que alguien que está en su misma situación ha optado por otros valores y que por tanto ellos también pueden hacerlo.

El estudio de estos jóvenes resistentes nos permite mantenernos dentro de las posibilidades reales que podemos alcanzar dentro de su cultura marginal, conociendo los objetivos que de verdad podemos perseguir y las posibles actitudes positivas que pueden desarrollar dentro de su entorno. (Martinek y Hellison, 1997).

De este modo el centro de atención en los programas de intervención se ha trasladado al análisis de los aspectos personales que caracterizan a estos jóvenes con la idea de que si potenciamos esos valores en el resto de sus compañeros podremos mejorar también su resistencia y ofrecerles recursos válidos de actuación. (Martinek y Hellison, 1997).

Las principales características que han definido los autores con relación a estos jóvenes son (Martinek y Hellison, 1997; Martinek, Mclaughlin y Schilling, 1999):

Competencia social

Estos jóvenes consiguen una respuesta positiva de los demás porque son flexibles, comunicativos, tienen empatía, capacidad para negociar en los conflictos, buen sentido del humor...

Autonomía

Estos jóvenes tienen una capacidad para distanciarse de los conflictos que les permite desvincularse de los problemas familiares y vencer la presión de grupo que ejercen las pandillas del barrio.

Poseen una gran autonomía para desconectarse en un momento dado de su entorno y realizar actividades positivas que favorecen su desarrollo personal y les permiten pasárselo bien con los amigos (visitar museos, ir a la piscina, a partidos de baloncesto...).

Optimismo y esperanza

Los jóvenes resistentes poseen un fuerte optimismo que les ayuda a resistir, a proponerse metas y a pensar que existe un futuro para ellos.

Estos jóvenes son capaces de aplicar soluciones alternativas a sus problemas, saben utilizar recursos externos para apoyarse y entienden que los retrasos son temporales relacionando esfuerzo y éxito, de modo que si algo no sale piensan que es debido a que se debe trabajar más y no a que *“no valen para nada”*.

Aspectos fundamentales a trabajar con estas poblaciones

Los dos aspectos más importantes que afectan a este tipo de poblaciones y que han dado lugar a la práctica totalidad de los programas de intervención y rehabilitación desde el campo de la educación física son el concepto de *salud e inteligencia emocional*.

En estos jóvenes las actitudes hacia la salud son desfavorables porque debido a las condiciones sociales y familiares específicas que padecen se desarrollan hábitos de vida poco saludables que incluyen una mala alimentación e higiene; tabaco, alcohol y drogas...

Trabajar el concepto salud significa abarcar todos los factores socioculturales que rodean al individuo para crear un estilo de vida saludable que favorezca el bienestar personal y social y la calidad de vida de la persona, y esto significa no sólo el derecho a la educación, empleo, vivienda..., sino también a la autonomía, la igualdad de oportunidades y la posibilidad de autorrealizarse en un medio libre de barreras y obstáculos.

Aunque la mejora de la salud a través de la actividad física y el deporte es muy conocida y aceptada por la sociedad en general y por tanto es positiva, otro factor muy importante que tenemos que trabajar y del que la sociedad todavía no ha tomado conciencia es la promo-

ción de valores y el cambio positivo de actitudes en los alumnos a través de la actividad física y el deporte.

Aquí entramos en el segundo aspecto que se está trabajando en los modelos de intervención: el desarrollo de la inteligencia emocional de los alumnos. Las emociones juegan un papel tan importante en nuestras vidas que todas las decisiones y acciones que emprendemos dependen tanto o más de nuestros sentimientos que de los pensamientos.

Inteligencia emocional supone: conocerse a uno mismo reconociendo sus emociones cuando aparecen y dándose cuenta de lo que realmente desea, capacidad para controlar estas emociones, recuperarse cuanto antes de su influencia, capacidad para motivarse a uno mismo en la consecución de objetivos, reconocimiento de las emociones ajenas o empatía y control de las relaciones, de la competencia o de la incompetencia social (Goleman, 1997).

En la actualidad las dos actitudes morales más urgentes que se necesitan en nuestra sociedad en general y en específico en estas poblaciones para afrontar una inteligencia emocional son: el autocontrol de las reacciones emocionales y la empatía, como la habilidad para comprender las emociones de los demás (Goleman, 1997; Jiménez, 2000).

Importancia de actuar con la idea de modelos ecológicos

A pesar de haber expuesto anteriormente los numerosos beneficios que puede aportar la actividad física y el deporte para los jóvenes en riesgo y haber resaltado los aspectos más importantes a trabajar con estas poblaciones, debemos tener siempre presente que la educación física por sí sola no es la solución que va a resolver todos los problemas, tan solo es un aspecto que necesita de una intervención global donde se impliquen todos los factores que rodean a estos jóvenes (Hellison, 1995; Gutiérrez, 1995).

Pero aunque sea verdad que los programas de intervención que se están aplicando a través de la actividad física y el deporte son incapaces de cambiar las condiciones de pobreza y la falta de oportunidades y de medios que rodean a estos jóvenes, si que son positivos porque les ofrecen estrategias personales para que sepan enfrentarse con éxito a estos desafíos y potencian una perspectiva de futuro en sus vidas. Nuestro trabajo es plantar semillas que con el tiempo darán sus frutos (Martinek, McLaughlin y Schilling, 1999).

A partir de los trabajos de Hellison (1995); Gutiérrez (1995); Goleman (1997); Lawson (1997); Collingwood (1997); Martinek y Hellison (1997); Danish y Hellen (1997); Parker, Kallusky y Hellison (1999), Martinek, McLaughlin y Schilling (1999); Jiménez (2000) podemos definir una serie de factores que hay que tener en cuenta a la hora de efectuar intervenciones para actuar de forma más global:

- Un aspecto esencial a trabajar, pero muy difícil de conseguir con estas poblaciones debido a la especial situación que padecen, es la implicación familiar.
- También es importante la conexión con los servicios o programas sociales que se estén desarrollando a nivel local o en la ciudad, ofreciendo un programa complementario sin dar la impresión de querer competir con ellos o desestimarlos.
- Otro punto fundamental a tener en cuenta es el acercamiento y la conexión con la gente que vive en el barrio donde se va a trabajar e incluso habría que tener en cuenta a los negocios de la zona para apoyar los programas.
- La implicación de la universidad para crear en los futuros ciudadanos una conciencia de apoyo a estos colectivos también es importante.
- Finalmente nos gustaría destacar la necesidad de conseguir la implicación estatal en: la lucha contra la pobreza y la exclusión; la planificación familiar con programas de prevención para minimizar los embarazos indeseados en adolescentes; el desarrollo de campañas eficaces para la prevención del alcohol, las drogas, la delincuencia, la violencia...; la mejora en la oportunidad de empleo y el derecho a una vivienda digna; la igualdad de oportunidades y el reparto de bienes; la formación de profesionales...

Bibliografía

Collingwood, T. (1997). Providing Physical Fitness Programs to At-risk Youth. *Quest*, 49, pp. 67-84.

- Cutforth, N. (1997). What's worth doing: reflections on an after-school program in a Denver elementary school". *Quest*, 49, pp. 130-139.
- Danish, S y Hellen, V. (1997). New roles for sport psychologist: teaching life skills through sport to at-risk youth, *Quest*, 49, pp. 100-113.
- DeBusk M. y Hellison, D. (1989). "Implementing a physical education self-responsibility model for delinquency prone youth", *Journal of Teaching Physical Education*, 8(2), pp. 104-112.
- Goleman, D. (1997). *Inteligencia Emocional*. Barcelona: Kairos.
- Gutiérrez Sanmartín, M. (1995). *Los valores sociales y el deporte. La actividad física y el deporte como transmisores de valores sociales y personales*. Madrid: Gymnos.
- Hellison, D. (1995). *Teaching responsibility through physical activity*, Champaign, IL.: Human Kinetics.
- Jiménez Martín, P. (2000). *Modelo de Intervención para educar en valores a jóvenes en riesgo a través de la actividad física y el deporte*. Tesis Doctoral, Universidad Politécnica de Madrid. Departamento de Física e Instalaciones aplicadas a la Edificación, al Medio Ambiente y al Urbanismo, 13 de noviembre.
- Lawson, H. (1997). What we know about undeserved youth. Children in crisis, the helping professions, and the social responsibilities of universities. *Quest*, 49, pp. 8-33.
- Martinek, T. (1997). "Serving underserved youth through physical activity", *Quest* 49, pp. 3-7
- Martinek, T. y Hellison, D. (1997). Fostering resiliency in underserved youth through physical activity. *Quest*, 49, pp. 34-39.
- (1998). Values and Goal-Setting with underserved youth, *JOPERD*, 69(7), pp. 47-52.
- Martinek, T; McLaughlin, D y Schilling, T. (1999). Project Effort: Teaching responsibility beyond the gym. *JOPERD*, 70 (6), (1999), pp. 59-65.
- McHugh, E. (1995). Going "Beyond the physical": social skills and physical education. *JOPERD*, 66 (4), pp. 18-21.
- Miller, S.; Bredemeier, B. y Shields, D. (1997). Sociomoral education through physical education with at-risk youth; *Quest*, 49, pp. 114-129.
- Parker, M.; Kallusky, J. y Hellison, D. (1999). High impact, low risk: ten strategies to teach responsibility. *JOPERD*, 70 (2), pp. 26-28.
- Pitter, R. y Andrews, D. "Serving America's Underserved Youth: Reflections on Sport and Recreation in an Emerging Social Problems Industry", *Quest*, 49, (1997), pp. 85-99.
- Stield, J. "Becoming Responsible -Theoretical and Practical Considerations", *JOPERD*, 64 (5), pp. 38-40; pp. 57-59; pp. 70-71.